

Julio Antonio Mella y la revista Juventud: la construcción de un nosotros político y cultural en el espacio intelectual latinoamericano de la década de 1920.

Manuel María Muñiz.

Cita:

Manuel María Muñiz (2013). *Julio Antonio Mella y la revista Juventud: la construcción de un nosotros político y cultural en el espacio intelectual latinoamericano de la década de 1920*. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-038/161>

X Jornadas de Sociología de la UBA
20 años de pensar y repensar la sociología.
Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos para el siglo XXI
1 al 6 de julio de 2013
Mesa temática 10: **América latina piensa a América latina**

Título de la ponencia: **Julio Antonio Mella y la revista *Juventud*: la construcción de un nosotros político y cultural en el espacio intelectual latinoamericano de la década de 1920**

Autor: Muñiz, Manuel María (Universidad de Buenos Aires)¹

Introducción

La figura de Julio Antonio Mella (1903-1929) ha movilizado una enorme cantidad de plumas, cuyo arco contempla desde el panfleto laudatorio, los ensayos que lo encorsetan dentro de una tradición que engloba desde Martí, pasando por él mismo para llegar a Ernesto Guevara, (Kohan, 2000), o las biografías y estudios realizados con mayor o menor rigurosidad (Dumpierre, 1965; Dumpierre, 1977; Ortiz, 1999; Cabrera, 2002; Hatzky, 2008; Cupull y González, 2010). Varios fundamentos explican este interés en una vida corta, mas intensísima: en poco más de un lustro fue artífice del movimiento reformista universitario, fundador de la Universidad Popular José Martí y del primer Partido Comunista en Cuba, militante de la Liga Antiimperialista de las Américas, exiliado en México luego de su famosa huelga de hambre contra el presidente Machado, actor relevante en su integración con la vanguardia artística y en el Partido Comunista de ese país, hasta que finalmente fue asesinado por las balas machadistas en enero de 1929. Su presencia, si bien nunca ocluida totalmente, tuvo una exponencial reemergencia en los años posteriores a la Revolución Cubana, puesto que ésta configuró en el joven cubano un antecedente histórico necesario para su triunfo; emblema así en cierta medida mitificado, el nombre de Mella aparece en la isla, y fuera de allí, en espacios públicos, establecimientos educativos y organizaciones juveniles y estudiantiles; fue tomado para representaciones literarias –*El recurso del método* de Alejo Carpentier, o *Tinísima* de Elena Poniatowska– y cinematográficas –*Mella* (1975) dirigida por Enrique Pineda Barnet–, y por supuesto ha sido estudiado tanto dentro como fuera de la historiografía cubana.

Pese a todo, la importancia dada a la acción política y estudiantil de Mella, o bien las necesidades de invención de una tradición revolucionaria por parte del proceso cubano posterior a 1959, han tornado brumoso el foco puesto en su actividad como intelectual. En otros términos, su “pensamiento” ha sido leído en buena medida, ora como un conjunto de lecturas “correctas” para determinadas coyunturas políticas, (Martínez Heredia, 2007), ora subsumido dentro de esquemas muy generales; pero más especialmente, muchos trabajos han caído en lo que denominamos la *trampa de la brevedad*, esto es, el fugaz paso melliano por la escena pública generó que sus posiciones hayan sido contempladas en determinados momentos a la luz de un itinerario

¹ Departamento de Historia (UBA). Maestrando en Historia en IDAES – UNSAM. Proyecto UBACyT “Americanismo, exilio y revolución. Contribución a una historia de los intelectuales latinoamericanos en el período de entreguerras”.

posterior. Es así como, por un lado se ha buscado en el Mella de 1922 el comunista de 1928, o bien, en una versión más refinada de esta simplificación, se ha tratado de leerlo en clave de *ortodoxia/heterodoxia* dentro del marxismo (Kohan, 2000).

Existen, pues, varias cuestiones que pueden ser revisadas desde el utillaje de la historia intelectual. Una de ellas se vincula con el uso de las fuentes: buena parte de los estudios sobre esta figura han utilizado sendas recopilaciones de documentos y artículos, especialmente la publicada en el contexto del Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba en 1975 (Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba, 1975), esto es, durante el período en el cual un prisma soviético servía para medir el presente y el pasado del país (Rojas, 2007), o bien los dos tomos editados como conmemoración de los cien años de su natalicio (Cairo, 2003). Esto plantea, a nuestro entender, un haz de problemas. Uno de ellos es la ausencia del soporte material donde Mella escribía, y el segundo, enlazado con el anterior, es que de ese modo se diluye la potencialidad hermenéutica de contemplarlo como un intelectual que funciona no sólo como productor de *ideas plasmadas en textos* (Altamirano, 2005), sino como receptor y difusor torno a revistas, libros e ideas que provenían de otros lares.

Particularmente, nos referimos a las tareas vinculadas con las dos revistas en las que fue factótum entre 1922 y 1925, así como los numerosos emprendimientos editoriales en los que era asiduo colaborador: Mella fue por entonces fundador, administrador, editorialista, escritor, y cronista de *Alma Mater* y *Juventud*, además de firmar artículos en diarios como *El Herald* y publicaciones obreras y de izquierda como *Aurora*, *Justicia*, *Lucha de clases*, *Venezuela Libre*, *El Libertador* y *Renovación*, entre otras, y sólo contando el período de su permanencia en Cuba.

Dos sentencias se imponen aquí: Julio Antonio Mella fue, entre un sinnúmero de actividades, *un hombre de revistas*, posiblemente porque el tiempo que dedicaba a la acción política y estudiantil lo imposibilitaban de encarar emprendimientos que demandaran mayor tiempo; a su vez, sus ideas-texto deben ser leídas en esa materialidad. No es lo mismo, reiteramos el punto, contemplar su producción escrita en el lugar de su publicación, que en una compilación realizada medio siglo más tarde, puesto que tal como propuso Carlos Altamirano “las revistas (...) engendran microclimas propios. A través de ellas pueden seguirse las batallas de los intelectuales (libradas por lo general dentro de la propia comunidad intelectual) y hacer el mapa de la sensibilidad intelectual en un momento dado” (Altamirano, 2007:126). Consideramos por ende imprescindible abordar los números de *Juventud*, para así cotejar la diversidad de formas discursivas, géneros, formas de intervención, filiaciones y gestos intelectuales que aparecen en él y en el grupo que llevó adelante la publicación. Contextualizar a Mella en el real espacio en el que escribía, registrar las marcas sobre otros autores, revistas e intelectuales que eran aplicadas por él mismo y por el agrupamiento editorial que llevaba adelante la publicación puede iluminar componentes que han quedado difuminados.

Nuestro trabajo en esta ponencia se mueve con la siguiente propósito, que tiene un mero afán exploratorio: al revisar la colección casi completa de la revista (la mayoría dispersos en reservorios cubanos) se puede cotejar el incipiente intento de construir un *nosotros* que trabaja experimentalmente con componentes de diversas tesituras intelectuales y políticas: antiimperialismo, juvenilismo, americanismo, arielismo, socialismo, anarquismo, nacionalismo, y otros “ismos” que podrían agregarse. Con todo, lo que se evidencia al recorrer las páginas, y no solamente los textos de Mella, es

que la revista poco puede encorsetarse dentro de variables apriorísticas. El emprendimiento pareciera funcionar entonces como un nudo más de un espacio intelectual cubano y latinoamericano en plena ebullición, donde se replicaban comentarios, artículos, colaboraciones, cartas privadas –que ganaban otro estatuto al aparecer públicamente– producto de una serie de prácticas que, como ha sido demostrado, estaban dentro de las utilizadas por las diversas capas intelectuales latinoamericanas (Bergel, 2008). Este intento de construcción de un *nosotros* que contiene y desborda la revista debe medirse, creemos, en un registro que contenga aristas transfronterizas (Crespo, 2010).

El corte estratigráfico que proponemos aquí se refiere al lapso 1923-1925. De este modo, evitaremos registrar las intervenciones de *Juventud* a la luz del recorrido posterior, o sea, de un mayor compromiso de Mella con el campo comunista, como será más notorio a partir del decurso ese último año y el exilio. Nos resulta útil en esto la idea de François Dosse sobre las revistas como “espacios muy valiosos para analizar la evolución de las ideas en tanto que lugares de fermentación intelectual y de relaciones afectivas” (Dosse, 2006:51). Es de notar por otro lado la enorme atención erudita que han recibido las revistas latinoamericanas de nuestro período: compilaciones como las de Saúl Sosnowsky (Sosnowsky, 1999) o Regina Crespo (Crespo, 2010), o bien trabajos más específicos, como sobre *Amauta* (Beigel, 2006, Terán, 2010, Melgar Bao, 2010), o los de Horacio Tarcus acerca de las revistas de izquierda (Tarcus, 2004), o bien el excelente estudio de Alexandra Pita González tomando el Boletín *Renovación* (Pita González, 2009) son sólo un muestrario indicativo, pero que evidencia asimismo la pertinencia de estas preliminares páginas, puesto que ninguno hace hincapié en las publicaciones organizadas por Mella.

1.Un mapeo de las intersecciones del espacio intelectual cubano y latinoamericano en la primera parte del siglo XX

Carlos Altamirano ha señalado que desde la Primera Guerra Mundial y los años veinte existió una comunicación dinámica entre los ambientes de la *intelligentsia* del subcontinente, e incluso en determinados momentos América Latina casi funcionó como una sola arena cultural y política (Altamirano, 2010). Es de notar que este proceso estaba en ciernes desde 1898, en lo que Oscar Terán ha llamado el *primer antiimperialismo latinoamericano* (Terán, 1981), pero fue potenciado por la recepción que la Revolución Mexicana, la Revolución Rusa y la Reforma Universitaria suscitaron en numerosas plumas, así como el interés en forjar acciones políticas y estudiantiles (Portantiero, 1978). Por su parte, este espacio intelectual no escondía la existencia de marcadas asimetrías, como la definición casi sin impugnaciones de un conjunto de “maestros” –Darío, Rodó, Ugarte, Ingenieros, Vargas Vila, Vasconcelos, entre otros– y también un espectro de publicaciones cuyo *status* se medía en la admiración confesa que existía entre quienes las leían: tal es el caso de, por sólo citar dos ejemplos argentinos y en diversos momentos, la *Revista de Filosofía*, o *Renovación*, ambas con circulación por buena parte del continente (Rossi, 1999; Pita González, 2009).

Cuba no era una excepción en este panorama. En los años veinte era menos una isla cerrada a los contactos con el exterior, que un lugar dispuesto a insertarse en múltiples

tramas. El propio proceso de conformación tardía de su Independencia –y para muchas plumas de diverso signo de la época, coartada por la Enmienda Platt y la tutela estadounidense– llevó a un temprano cuestionamiento a la dirigencia política cubana y a una interrogación sobre las causas de una *frustración nacional*. (Pérez Jr., 1986; Manzoni, 2000). Estas inquietudes, en un país que estaba haciendo una propia y compleja génesis de su cultura nacional, llevaron a que las primeras generaciones intelectuales tuvieran un interés manifiesto en diseccionar su época. Como explicita al respecto Ricardo Hernández Otero, en las primeras décadas del siglo la cultura cubana moderna no fue una construcción del Estado, ni de instituciones existentes, “sino de publicaciones, nuevas instituciones, y del pensamiento y ejercicio de los intelectuales en general (...) se proclama asimismo un latinoamericanismo jamás formulado de esa manera en años anteriores y está presente la idea de insertarlo, junto al nacionalismo, en la universalidad” (Guanche, 2001:22). La avidez de estos intelectuales parece explicar el significativo peso que tuvieron, por caso, los viajes de Manuel Ugarte en 1911 y de José Ingenieros en 1915 y 1925, así como el volumen de cartas que eran escritas a ambos desde Cuba, las cuales reflejaban una suerte de ansiedad de los caribeños por ser receptores de las ideas de lo que muchos consideraban como las más avanzadas de la época (Cairo, 1977; Swiderski, 1999).

En una escueta síntesis de la estructuración del campo intelectual –utilizamos de modo laxo la categoría bourdieuana– en la Cuba republicana, Ana Cairo ha distinguido algunas etapas entre 1900 y 1923: la primera que va de 1900 a 1910, cuando se reanudaron las actividades culturales que habían sido detenidas por las guerras de independencia; la segunda, entre 1910 y 1915, al organizarse algunos espacios de sociabilidad como la Sociedad de Conferencias (1910-1914) y la Sociedad Filomática (1912). Finalmente, entre 1913 y 1923 se consolidó el grupo de intelectuales ligado a la revista *Cuba Contemporánea*. (Cairo, 1978). A partir de agosto de 1923, la denominada *Protesta de los Trece* gestó la aparición del Grupo Minorista –Rubén Martínez Villena, Jorge Mañach, José Tallet, Alberto Lamar Schweyer, entre otros–, que constituirá el núcleo de la vanguardia cubana que cristalizará años más tarde la famosa *Revista de Avance* (Manzoni, 2000). A su vez, continuaban situándose en un superior escalón poco disputado figuras de mayor prestigio como Enrique José Varona y Fernando Ortiz.

Como se ha mencionado, uno de los emprendimientos señeros en la isla fue *Cuba Contemporánea*. Fundada en 1913, marcó el tono *progresista* de la época, la búsqueda de una cultura nacional, además de articular espacios de sociabilidad intelectual y el tejido de redes fuera de La Habana y de Cuba mismo. Con esta revista, creemos, se empezó a conformar un inicial *corpus* de lecturas para cualquier intelectual antiimperialista o de izquierdas de la isla: Ingenieros, Renan, Rodó, Gorky, France, Tolstoy, Conrad, Barbusse, entre muchos otros. (Wright, 1988). Por su parte, *Las Antillas* –dirigida por el portorriqueño Sergio Cuevas Zequeira, profesor de Mella en la Universidad– solía difundir el devenir de la Revolución Rusa y replicar textos de Ingenieros.

La otra publicación relevante de esos años fue *Social*. Organizada inicialmente en 1916 por Conrado Massaguer, esa revista mensual estaba, según Cairo, “concebida como una publicación de entretenimiento, para la gran y pequeña burguesía con poder adquisitivo suficiente para pagar un ejemplar, cuyo precio mínimo fue de veinte centavos. Sus editores pretendían satisfacer tanto los gustos de algunos sectores de estas clases sociales por las modas y la crónica social, como las aficiones literarias e históricas de

otros (...)” (Cairo, 1978:121). En 1923 asumió la dirección Emilio Roig de Leuchsenring –hombre del núcleo de *Cuba Contemporánea*–, quien le imprimió un tono más “ideológico” a la publicación. *Social* era con todo la revista más moderna de los años veinte en Cuba.

El punto al que nos queremos dirigir es evidenciar que la edición de revistas (en una tipología que se mueve en un arco cultural-ideológico-político-estudiantil, mas no netamente comercial) era una marca de época en América Latina, y asimismo en Cuba, a lo cual se superponía, por un lado, la profusa circulación de libros y publicaciones por el continente, así como la intención de construir un *nosotros* latinoamericano imbricado en polifacéticos tonos de antinorteamericanismo o antiimperialismo. Con esto, lo que se exige es ubicar a *Juventud* como un emprendimiento de un agrupamiento cultural imbricado a su vez en un mundo intelectual que exigía el editorialismo como condición necesaria para participar del mundo de las ideas y, en este caso en particular, de la transformación profunda que éstas prometían posibilitar.

A su vez, este resumen, por supuesto inacabado, pretende retratar algunas de las inquietudes culturales e intelectuales que minaban Cuba en las décadas inaugurales del siglo, y anteriormente a la eclosión intelectual del año 1923. Todos estos polos dinámicos no son datos *externos* del contexto, sino que nos permiten abrir puentes para entender que Mella pudo utilizar una cantidad de armas que estaban en el carcaj de las ideas y prácticas intelectuales cubanas y latinoamericanas, además de contactarse con diversas redes. Su interés en hallar vasos comunicantes para encontrarse real y simbólicamente con los *maestros* de las jóvenes generaciones, a la vez que funcionar como *intelectual periodista* o *intelectual difusor*, fueron acciones frecuentes para sumar peso específico. Todo esto constituyeron unas posibles fraguas para preparar *Alma Mater* y, posteriormente, *Juventud*, sus dos revistas.

2. La revista *Juventud*: un emprendimiento cubano, una mirada americana

2.1. *Juventud* en la historiografía sobre Mella: algunas explicaciones en torno a un descuido

Ubicar a *Juventud* dentro del arco del itinerario político, intelectual e incluso personal de Mella es una tarea que requiere una serie de apreciaciones preliminares. En especial, porque en la profusa bibliografía sobre el joven cubano la revista ha sido en general estudiada solamente para dar cuenta de sus textos allí aparecidos. El tono casi hagiográfico que se vislumbra en los primeros trabajos sobre esta figura se refiere a la publicación como el “órgano combativo de la juventud revolucionaria, [que empezó] a conquistar el corazón de los estudiantes y los trabajadores” (Dumpierre, 1965:37), pero sin embargo esa cualidad es solo explicada como derivado de los escritos mellianos, con lo que poco se ha estudiado la publicación en sí. Algunos breves ensayos pudieron al menos realizar esa tarea básica y distinguir etapas: la inicial, bajo la dirección de aquél, y la posterior desde fines de 1924, con la fusión con *Instituto*, en lo que a la sazón será el traspaso de la dirección a Leonardo Fernández Sánchez (Pérez Rivero, 1991). Tanto este estudio, como el más riguroso de la historiadora alemana Christine Hatzky, permitieron cotejar que los hombres y mujeres de *Juventud* tenían un interés manifiesto en replicar artículos y textos de otros intelectuales de la época como Ingenieros, France, Barbusse, Vasconcelos, Varona, entre otros (Hatzky, 2008). De este modo se resuelve

mejor la cuestión de la “influencia” –término a nuestro entender limitado– para abrir el espectro a las decisiones de intervención intelectual que primaban en aquellas páginas.

Sin embargo, la labor aún es incompleta. Por un lado, como se ha indicado, la facilidad en el acceso a dichas fuentes es inversamente proporcional al atractivo que ha provocado Mella. Hemos ya referenciado esta cuestión en torno al uso y abuso de las compilaciones. Pero nos parece que a su vez es una cuestión de enfoque. Para poder contemplar qué quiere decir un texto, no sólo es necesario responder *qué* está diciendo, ni *cómo* lo dice, sino tratar de aprehender *qué está haciendo* una persona al escribir (Skinner, 2007). Y a su vez, tal como indicaba Bourdieu, las ideas se producen y circulan en una materialidad que es necesario reponer si uno quiere asir los propósitos de los actores concretos (Bourdieu, 2007). Consideramos, pues, la necesidad de modificar la metodología que se ha utilizado para dar cuenta del momento de *Juventud*, de modo tal de ubicar el registro tan cubano como latinoamericano, y que sólo en la intersección de esos dos contextos intelectuales puede hacerse inteligible, así como la heterogeneidad de discursos que circulaban allí dentro de esquemas generales compartidos. De este modo, pretendemos operar un corrimiento del Mella mitificado que habría “anticipado” un proyecto al final cristalizado, ora en la Revolución de 1933, ora a partir de 1959, para en rigor posicionarlo en sus reales tensiones en el recorte temporal que hemos seleccionado.

2.2. *Juventud*, primera etapa: entre el cambio y la continuidad de una revista estudiantil

Una publicación más en la vida estudiantil cubana; pero es también la continuación de una ardua lucha comenzada cuando ingresamos a la Universidad, el mismo ideal sostenido por los mismos hombres que hoy al cambiar de forma sólo cumple con el eterno ‘Renovarse o morir’.

Juventud, N°1, octubre de 1923

Como ha sido mencionado, el iniciático emprendimiento editorial de Julio Antonio Mella fue *Alma Mater*, revista que había sido fundada en noviembre de 1922 y cuyo administrador y editorialista fue él mismo hasta junio de 1923, cuando las vicisitudes de la lucha estudiantil, y las tensiones con sus compañeros del agrupamiento que editaba la revista, causaron su retirada de allí (Contrera, 1989; Hatzky, 2008). Poco después, no obstante, salió a la luz el primer número de *Juventud* en octubre de 1923 como “Revista de la Federación de Estudiantes de la Universidad de La Habana”, cuyo director era Mella y el administrador Esteban A. de Varona.

El breve interludio que medió entre una y otra revista nos exigen la precaución de trazar una mirada que atienda a la transición entre ambas. En otros términos, tal como señalaba Gramsci en unas incisivas líneas, en una labor editorial “las premisas se van cambiando necesariamente y son transformadas, y la conciencia del fin, al ampliarse y concretarse, reacciona sobre las premisas ‘conformándolas’ progresivamente” (Gramsci, 1984). Este *momento transicional*, que luego será superado por otras claves, puede detectarse en diversos aspectos, como que durante los primeros cuatro números la revista conservó el dibujo de la famosa estatua del Alma Mater que se encontraba, y

encuentra, en la Universidad de La Habana, y que un buen espectro de los textos eran crónicas del movimiento estudiantil y la vida universitaria, en un contexto donde comenzaban a evidenciarse las divergencias dentro del estudiantado. Cabe notar al respecto que el primer número de *Juventud* coincidió, y posiblemente haya sido el disparador para esta nueva trinchera de ideas, con la organización del Primer Congreso Nacional de Estudiantes de 1923 (Mella, 1964), en donde la figura de Mella entró en colisión con diversas tendencias. Ese año, asimismo, una variopinta gama de movimientos políticos, intelectuales y culturales comenzó a impugnar diversos aspectos de la joven república (Cairo, 1976; Hatzky, 2008).

Esta transición se detecta asimismo en los colaboradores habituales de *Juventud* que ya estaban en *Alma Mater*: Esteban A. de Varona, Fausto Quintero, Carlos A. Castellanos, Rogelio Sopo Barreto, Gabriel Jiménez Lamar, Carlos Robreño y Eliseo Entralgo, aunque muchos de ellos a menudo aparecen en el equipo editorial, pero luego no firmaban artículos. A ellos se les sumaron especialmente Fernando Sirgo, quien luego pasaría a integrar junto a Mella la Federación Anticlerical, y Sarah Pascual y Alfonso Bernal del Riesgo, participantes del Grupo Renovación –un laxo espacio de discusión en el cual circulaban la *Revista de Filosofía*, Rodó, Lunarcharsky, entre otros, y en donde actuaba también Mella– (*Pensamiento Crítico*, 1970; Cairo, 1976). Si bien la fundación de la Universidad Popular José Martí, en consonancia con la experiencia peruana de las Universidades Populares González Prada, promovía el tendido de puentes entre la fracción más radicalizada de los estudiantes y la clase trabajadora (Padrón, 1980), no obstante con excepciones como los dirigentes obreros Carlos Baliño y Antonio Penichet, la mayoría de los colaboradores siguieron siendo estudiantes y/o intelectuales.

Pero ya en sus inicios *Juventud* empezó a diferenciarse de *Alma Mater*. Con un formato la mitad de pequeño, con escasas fotografías e ilustraciones, y mucha menor cantidad de páginas dedicadas al humor y los deportes –que eran usuales en la anterior publicación, posiblemente como refracción de *Social*–, la nueva revista crecía en páginas cuya temática va siendo, con el correr de los números, mucho menos estudiantil que intelectual y política. Es de notar que la editorial del primer número de *Juventud* referenciaba esa decisión de eliminar buena parte de las imágenes para así eludir a los lectores “amantes del oropel, del brillo, de la frivolidad”, y evidenciar que “nuestra misión es más elevada hoy” (*Juventud*, N°1, octubre de 1923:9). Esta labor de la juventud cubana se clarifica como tono de época si se observan otras publicaciones estudiantiles americanas, como las argentinas *Inicial*, *Sagitario* y *Valoraciones*, que tenían la “común voluntad de construir un valor, el de la juventud como agente privilegiado del cambio social para el espacio americano” (Rodríguez, 1999:219).

2.2.1 Editorialismo y filiaciones: el rol de Mella

Durante esta primera etapa en la cual Mella fue director (es decir, entre el número 1 y el número doble 7-8 de mayo de 1924) la revista fue cobrando buena parte de los fundamentos que la hicieron distintiva. En este sentido, nos interesa remarcar dos cuestiones, a modo de un liminar análisis: el editorialismo, que atendía a las cuestiones contextuales, y en el que el carácter reflexivo se ubica a una distancia mucho mayor que en un diario, pero menor que un libro (Girbal Blacha, 1999); la referencia constante a

las ideas, el ejemplo, las aseveraciones, los libros, entre otros, de numerosas figuras intelectuales, históricas y políticas, que en suma terminaban conformando una suerte de canon potencialmente compartido por la revista y sus lectores.

La escritura de las editoriales de *Juventud* quedó en manos de Julio Antonio Mella. A esta altura, el joven cubano contaba con un reconocimiento más allá de las aulas, producto de su actuación durante el proceso de Reforma Universitaria en la Universidad de La Habana. Mella era un joven sin capital familiar –era hijo extramatrimonial, aunque reconocido, de Nicanor Mella, un importante sastre habanero, con una mujer irlandesa llamada Cecilia MacPartland (Hatzky, 2008)– ni tampoco intelectual, pero lograba tanto en la lucha estudiantil, en su forma de vestir y sus éxitos como deportista (Lozano Ros, 2003) un prestigio que a nuestro entender luego era volcado en su actuación intelectual.

Como era habitual en cualquier emprendimiento de la época, la editorial del primer número conjugaba los *topos* habituales: las disculpas por la desprolijidad, sumado a la promesa de mejoras en los siguientes números, las continuidades y discontinuidades que se tejían, y las explicaciones del nombre. Todo, en suma, refiere a un conjunto de cuestiones centrales: qué era lo que tenían para decir esos jóvenes, cuál era el lugar de enunciación desde donde se posicionaban, puesto que, tal como ha señalado Jacques Juilliard, las revistas son “*lieux d’innovation*” (Juilliard, 1987). Si bien el historiador cuenta con la ventaja no sólo de la visión de conjunto, sino de cotejar con otras publicaciones de la época, es evidente que el emprendimiento de *Juventud* pretendía construir un *nosotros*, real y simbólico, que se reclamaba como un actor dispuesto al accionar colectivo que la hora parecía reclamar.

Este registro juvenilista parece confirmarse con la segunda editorial de Mella, “Todo tiempo futuro tiene que ser mejor” (*Juventud*, N°2-3, noviembre-diciembre de 1923: 9-10). El nombre era a esta altura una tradición en los ámbitos juveniles cubanos, –había sido el lema elegido para el Primer Congreso Nacional de Estudiantes– producto de las lecturas que hacían del José Ingenieros de los sermones laicos de *Las fuerzas morales*, quien había escrito que “*Todo tiempo futuro será mejor*. Si lo pasado fue lo único posible, podrá concederse que acaso fuera lo mejor en su tiempo; pero como siempre y doquiera la realidad social varía, legítimo es que lo venidero sea mejor que lo precedente” (Ingenieros, 1976). Uno de los primeros usos en plumas cubanas de este sintagma lo hemos hallado en un artículo de 1922 de Gustavo Aldereguía, un joven médico cubano que fue partícipe de los albores del movimiento reformista en Cuba, publicado en *España Nueva*, una revista editada en la isla caribeña:

De tiempo en tiempo las sociedades en la venalidad y en la violencia, cuando las generaciones que envejecen abandonan los ideales de su juventud y los reemplazan por bastardos apetitos; en esas horas está en manos de los jóvenes la formación de un nuevo mundo moral, libre de las pasiones rencorosas que encienden la guerra, libre de las avaricias malsanas que perpetúan la injusticia... Los jóvenes no necesitan programas dogmáticos que marquen un fin, sino ideales perfectibles que señalen un camino; la meta importa menos que el rumbo. (...) Los ideales retrospectivos son el lastre de la senectud, para los que “todo tiempo pasado fue mejor”; los ideales constructivos son alas de la juventud, pues ella espera que “todo tiempo venidero será mejor”. (*España Nueva*, N°6:82).

Retomando entonces su compromiso con una idea suficientemente conocida para los estudiantes cubanos, con aquel editorial a nuestro entender Mella proponía una serie de

directrices para la nueva publicación, que es un registro dentro de los esquemas del *juvenilismo* con una inflexión que en rigor se posicionaba como enemiga de la construcción, todavía incipiente, de una cultura nacional por parte del Estado cubano y de la crítica, que diversas plumas replicaban, a la venalidad de la burocracia estatal y partidaria (Pérez Jr, 1987): “unos que son inmorales en nombre de la soberanía del país, y otros que venden el país en nombre de la moralidad” (*Juventud*, N°2-3, noviembre-diciembre de 1923:9). Y también en la misma página dejar en claro el proyecto cultural y colectivo: “Libertemos al pueblo, esa es la misión de la actual generación; es esclavo porque es ignorante de sus derechos, enseñémosle, vaciemos todos nuestros conocimientos sobre él, no dejemos que la educación clerical y la nacional le inyecten el veneno de la insinceridad y la corrupción”. Estos marcos de rectitud que se reclamaban a la clase dirigente cubana no eran una novedad a fines de 1923 (Hatzky, 2003), ni tampoco el paternalismo, ni las fronteras de clase que, como ha señalado Olga Cabrera, mixturaban un discurso nacionalista y antiimperialista –el cual constituía casi un sentido común para buena parte de las elites letradas cubanas–, con una condescendencia hacia las clases trabajadoras (Cabrera, 2002).

¿Cuál era entonces la novedad que proponía Mella? Unas líneas del segundo número nos proponen un indicador: buscar en un *nosotros* americano las claves para hacer inteligible la tarea de la juventud. Por caso, en su breve artículo “Víctor Raúl Haya de la Torre” trazaba los orígenes de su relación afectiva y de admiración con el peruano, –antes de su ruptura pública en 1928– a quien signaba en ese entonces como “arquetipo de la juventud latinoamericana” y “un sueño de Rodó hecho realidad, (...) Ariel”, (*Juventud*, N°2-3, noviembre-diciembre de 1923:11), que marcará, como veremos, cierto tono de *Juventud* durante los números subsiguientes. La visita de Haya de la Torre a Cuba en noviembre de 1923 había constituido un acontecimiento sumamente registrado, especialmente por las conferencias que realizó en el contexto de la germinación del reformismo universitario en La Habana. Sus discursos habían cautivado no sólo a Mella (“cuando se le veía en la tribuna se tenía la sensación de algo misterioso vagando por el ambiente, subyugaba y dominaba en tal forma al auditorio”), sino a una parte de la prensa cubana (por ejemplo, en el artículo “El hermoso discurso de ayer”, en *La discusión* del 6 de noviembre de 1923). Mella trazaba entonces el decurso a seguir: “que sus ideales se realicen en un futuro cercano, es un ferviente deseo de la juventud libre de Cuba” (*Juventud*, noviembre-diciembre de 1923:11). El viaje de Haya de la Torre a Cuba puede ubicarse como parte de lo que Beatriz Colombi ha registrado, desde el periplo de Manuel Ugarte en 1912 por América Latina, como la *gira proselitista*, que suscitaba un espectro de prácticas de recibimiento, el tendido de nuevas redes intelectuales –con mayor o menor densidad– y una serie de discursos que se reiteraban en quienes accedían a la “emoción” de oír a los invitados (Colombi, 2004).

Juvenilismo, arielismo, e Ingenieros y latinoamericanismo parecen ir marcando las sendas de las editoriales de *Juventud*. En la siguiente, del número doble 4-5 de enero-febrero de 1924, Mella agregó un tinte de antiparasitismo para referirse a los profesores expulsados que regresaron luego de las purgas producidas en el marco del proceso de reforma universitaria: “¡Miserables! Parásitos que vivís del dinero que pagamos con nuestras matrículas (...) Somos jóvenes y estamos de pie, he aquí nuestra respuesta” (*Juventud*, N°4-5, enero-febrero de 1924:10). Estas ideas se derivaban, en este contexto y a nuestro entender, menos del vocabulario ácrata, que de la lectura del Rodó de “El trabajo obrero de Uruguay” (Rodó, 1913), de quien es citado un breve texto en el mismo número de *Juventud*: “Quien de algún modo no es obrero, debe eliminarse de la masa

del mundo; debe dejar la luz del sol y el alimento del aire y el jugo de la tierra para que gocen de ellos los que trabajan y producen” (*Juventud*, N°4-5, enero-febrero de 1924:9). He aquí una de las operaciones intelectuales que construye Mella, en particular la edificación de unas líneas verticales hacia los maestros –las páginas ingenierianas son leídas en clave juvenilista y ética de rechazo a la clase dirigente cubana, mientras que Rodó era pulido de sus aristas más idealistas para ser usado como rechazo moral hacia una capa del profesorado universitario–, mas también unas líneas horizontales a quienes, como Haya de la Torre, conformaban una coetánea juventud latinoamericana con ideales comunes.

Esta directriz vertical se evidencia en la siguiente editorial “Intelectuales y tartufos” (*Juventud*, N°6, marzo de 1924:9-10), publicada, plausiblemente no por casualidad, en la página siguiente a una fotografía de Enrique José Varona portando un libro. En ella se propuso un registro más transparente sobre el propósito de la alianza entre trabajadores manuales e intelectuales, que ya estaba presente en los debates del Primer Congreso Nacional de Estudiantes (Mella, 1964), y según Bernal del Riesgo, también en las discusiones de la época (Bernal del Riesgo, 2003), pero que se hubo de reiterar en esa editorial: “Intelectual es el trabajador del pensamiento. ¡El trabajador! O Sea, el único hombre que a juicio de Rodó merece la vida, es aquel que empuña la pluma para combatir las iniquidades, como otros empuñan el arado para fecundizar la tierra, o la espada para libertar a los pueblos, o los puñales para ajusticiar a los tiranos”. (*Juventud*, N°6, marzo de 1924:9). Como se ha visto, nuevamente aparece el Rodó del número anterior, pero una lectura más atenta de esas líneas del uruguayo permite observar con detalle qué buscó Mella:

Importa que no olvidemos (...) al trabajador intelectual, que, en los pueblos de Europa, suele ser también un proletario, con privaciones más complejas y crueles que los del mismo trabajador en faenas materiales. El escritor es, genéricamente, un obrero; y el periodista es el obrero de todos los días: es el jornalero del pensamiento. (Rodó, 1913).

Podría aventurarse que una operación que está circundando todo esto es una identificación de Mella como *trabajador intelectual*, o bien, una transición de sí mismo de *estudiante a intelectual*. Aunque también una capa de lectura pueda resolverse como la presentación de un nuevo ejemplar de la revista. El adjetivo “nuevo” no ha sido utilizado casualmente, puesto que en este número 6 se generó una primera inflexión de *Juventud*, que es el cambio de emblema: la aparición del famoso *ángel rebelde* emergiendo del fuego:

HOY: el eterno rebelde, he aquí nuestro nuevo emblema. Sobre lo alto de una montaña cubierta de fuego y humo un joven ángel vigoroso y musculoso, en gesto de suprema rebeldía tiende el brazo derecho hacia los cielos, hacia las altas regiones de la vida moral. (...) He aquí lo que somos hoy, eternos jóvenes rebeldes, luchando en medio del fuego y del humo de la vida, luchando con las ideas en lo más alto del pensamiento humano para la liberación de la humanidad”. (*Juventud*, N°6, marzo de 1924:66).

El símbolo ha sido interpretado de diversos modos: como una autorrepresentación de Mella tomada de la novela anticlerical de Anatole France *La Révolte des anges* (1914) (Hatzky, 2008:131). Para Jean Ortiz, en cambio, surgió como reflejo de una estatua de Lucifer del escultor italiano Bermi ubicada en el interior del Capitolio de La Habana (Ortiz, 1999:7). El emblema, en realidad, era obra de Julio Díaz, dibujante en *Alma*

Mater, y había aparecido varios meses antes en la portada del número 4 de febrero de 1923 de dicha revista. Si se compara la obra escultórica con la representación de Díaz la similitud es notoria. Como sea, la reapropiación de Mella del *ángel rebelde* posiblemente se haya movido en un hilo conductor entre la autoidentificación, la idea de rebelión, la búsqueda del ideal del conocimiento, y el anticlericalismo que también comenzaba a aparecer en *Juventud* en textos de Fernando Sirgo y Mariblanca Sabás Alomá como derivado de las discusiones del Primer Congreso Nacional de Estudiantes y de la formación de la Federación Anticlerical. La editorial de Mella de “Intelectuales y tartufos” –término este último también producto de las lecturas de Ingenieros–, y el cambio de emblema se explica mejor entonces como una puerta de entrada a ese número donde, no casualmente, es publicada una entrevista a Varona (*Juventud*, N°6, marzo de 1924: 34-35) y un texto anticlerical de Sabás Alomá llamado “Con arma blanca” (*Idem*: 42-43).

La última de las editoriales del período de Julio A. Mella como director fue “El reaccionarismo maquiavélico”, la cual, junto con su artículo “La última farsa de los políticos y patrioterros”, ambos en el número doble 7-8 de mayo de 1924 fueron posiblemente los indicadores del cierre de una etapa. El comienzo del reflujó en el movimiento estudiantil, y el fracaso del intento insurreccional del Movimiento de Veteranos y Patriotas, un agrupamiento organizado por antiguos militares de las guerras de independencia, al cual se sumaron intelectuales y estudiantes como Rubén Martínez Villena y el propio Mella, pero que terminó siendo neutralizado en una mezcla de cooptación y represión por parte del gobierno del presidente Zayas, marcaron un evidente quiebre (Núñez Machín, 1974, Cairo, 1978; Hatzky, 2008). Son quizás los textos de Mella en *Juventud* que estén más directamente relacionados con el desencanto político que estaba viviendo. No es casualidad que se retire de la dirección, y que la revista deje de salir por varios meses.

2.3 *Juventud*, segunda (y tercera) etapa

Aspiramos a la unión de todos los hombres libres, porque queremos contribuir a crear una sociedad más igualitaria; aspiramos a destruir los parásitos sociales, porque ellos viven a costa del trabajo de los demás; aspiramos a aniquilar a los jóvenes-viejos.

Juventud, N°9, noviembre de 1924

El lapso que media entre una y otra estación del trayecto de *Juventud* ha sido ponderado por buena parte de los estudios como aquel del definitivo paso de Mella hacia las costas del marxismo, o incluso de un marxismo(guión)leninismo *avant la lettre* (González Carbajal, 1977). Indudablemente que fueron meses que siguieron mostrando los proteicos espacios en los que Mella actuaba: la Universidad Popular José Martí, la formación de la Confederación Nacional de Estudiantes y las arengas antifascistas (Cupull y González, 2005). Al respecto, una historiografía había ubicado ya en 1924 su ingreso en la Agrupación Comunista de La Habana (Cabrera, 1985), pero Christine Hatzky ha aprovechado el estudio sobre los archivos de la Komintern para ubicarlo recién en julio de 1925, poco antes de la entrada en la Liga Antiimperialista (Hatzky, 2008; Kersffeld, 2009), y la formación del Partido Comunista de Cuba un mes más tarde (Rojas Blaquier, 2005). Estas aclaraciones, además de pulir con mejores fuentes el

devenir melliano, permiten quitarle linealidad en la construcción de la biografía intelectual, puesto que Mella aún no era un militante comunista *tout court*, mas sí efectivamente se operaba un acercamiento a un vocabulario en clave socialista. Como sea, la *prensa roja* que reclamaba Alfonso Bernal del Riesgo en el Primer Congreso Nacional de Estudiantes vuelve a cobrar vida en noviembre de 1924 con la segunda etapa de *Juventud*.

Producto de su fusión con la revista *Instituto* –emprendimiento dirigido por Leonardo Fernández Sánchez, que se dirigía al estudiantado de los institutos y escuelas normales de Cuba–, el nuevo momento de nuestra publicación proponía una serie de cambios, como el trasvase de la dirección y subdirección a dos hombres cercanos a Mella como Fernández Sánchez y Sirgo respectivamente, mientras que el sublema pasó a ser “Revista de los estudiantes renovadores de Cuba”, y contaba con un tamaño duplicado. La primera tapa denotaba a su vez una continuidad en el *nosotros* continental, y en buena medida menos dentro del marxismo que de las diversas tendencias dinamizadas por el reformismo universitario, lo que se evidencia allí en la referencia de colaboraciones de los peruanos Haya de la Torre, Félix Anaya y Oscar Herrera; el argentino Gabriel del Mazo, el colombiano Germán Arciniegas –pero que sin embargo no aparece en la revista–, el panameño Alberto L. Rodríguez y el mexicano Rodolfo Diodoro Ruiz.

El nuevo rol de Mella quedaba aclarado en la página “Nosotros”. Cabe citar *in extenso*:

Solo un hecho nos resta fuerzas, la retirada de la Dirección de quien fuera su fundador, Julio Antonio Mella. Él, el más gallardo paladín de la nueva generación cubana, él, a cuya actividad maravillosa e idealismo fructífero deben tanto la Universidad de La Habana y las nuevas ideas, se retira, no de la lucha, porque él es un luchador en perenne rebeldía, sino de la Dirección de JUVENTUD. Y se retira, porque otros sectores necesitan de la rectitud de sus convicciones por que otras obras de tanta o más importancia de la que él pudiera realizar aquí, reclaman urgentemente el torrente impetuoso de sus energías fecundas, siempre en ebullición, siempre en constante y perpetua agitación, lo que es casi una necesidad fisiológica de su temperamento vibrátil e infatigable. No obstante, no por ello dejará de ser uno de sus sostenes más fuertes, porque él aportará a la vitalidad de JUVENTUD los frutos magníficos de su talento preclaro, porque él dejará en sus páginas los desbordamientos de luz que son siempre los combates candentes de su pluma. (*Juventud*, N°9, noviembre de 1924:42).

Esos “desbordamientos de luz” no se perdieron: Mella siguió adelante con el editorialismo de *Juventud*, y, como intentaremos demostrar en la tercera parte de este trabajo, con el mantenimiento de ciertos tonos y contactos intelectuales que ya se habían forjado anteriormente.

La primera de estas editoriales fue “Los Nuevos Libertadores”. Este texto empieza a mostrar una nueva matriz en el lenguaje melliano, que la historiadora Olga Cabrera ha sintetizado de este modo: “Desaparecían (...) las imágenes de la mitología griega, de la historia romana, así como las figuras retóricas grandilocuentes contra el imperialismo. (...) Buscaba ahora reflejar la vida del trabajador, sus pensamientos, ansiedades, esperanzas (...)” (Cabrera, 2002:65). Creemos que hay mucho de certera en esta mirada, pero también habría que pensar esta inflexión desde su propia práctica intelectual en la que los discursos y las conferencias tenían un espacio casi en el mismo escaparate que la escritura. Mella fue un excelente orador, y en esto casi todos los contemporáneos coinciden: Raúl Roa podía rememorar años después, si bien hiperbólicamente, la corporal emoción que como estudiante le provocaba escuchar al joven líder: “[oíamos]

su discurso con el corazón a galope y la mirada húmeda” (Roa, 1964:234). Julio Mella era al parecer consciente de esa capacidad, y por ello podía aconsejar en una carta de junio de 1925 a Santiago Serrano:

Sobre la mejor forma de hablar, no te puedo dar forma precisa, pues esto depende del individuo. Lo primero es que el uso de la palabra tenga ideas que exponer, y que las ame sinceramente. Si posee esta cualidad rarísima, y ustedes demuestran tenerla al reunirse para luchar, les será fácil dirigir la palabra (Contrera, 1987:103).

Regresemos a esa editorial. Es la primera referencia directa de Mella a una idea marxiana, en particular al *locus classicus* del *Manifiesto Comunista* –que no necesariamente haya sido leído por él– de las diferentes expresiones de la lucha de clases a lo largo de la historia. Las líneas mellianas conformaron tanto una puesta en valor de la lucha obrera – los *nuevos libertadores* son los trabajadores, quienes habían organizado en esos meses de 1924 un importante episodio de huelgas (Cabrera, 1985)–, pero sin olvidar a *quien está dirigido este texto*, o sea, cuál es lector que se piensa en las páginas de *Juventud*: una fracción radicalizada del estudiantado. Si leen esas líneas fuera de la materialidad de la revista, el sentido parece ser *exclusivamente* una evidente adscripción en el marxismo. No pretendemos impugnar esto, puesto que el acercamiento de Mella con algunas figuras claves del socialismo en el movimiento obrero como Carlos Baliño eran una realidad palpable, pero creemos que también los textos intentaban producir una acción, o sea, provocar con ideas novedosas una reacción política e intelectual en la juventud para que sumara a una pugna que se reclamaba continental: “invitamos a toda la nueva generación a militar bajo nuestra bandera libertaria de redención social (...). La invitamos a luchar por la causa del pueblo trabajador para que luche por la causa del siglo. En Chile, en la Argentina, en el Perú, y en otras provincias de Nuestra América, la juventud estudiosa marcha a la vanguardia del movimiento de renovación social” (*Juventud*, N°9, noviembre de 1924:8).

Una demostración de la productividad de Mella en este lapso de *Juventud* se evidencia entre los números 10 y 11 cuando publicó una serie de artículos como “¿Blasco Ibáñez regenerador y Cajal Claudicante?” (N°10), “Los cazadores de negros resucitan en Santa Clara”, “Machado: Mussolini tropical”, “Pershing” “Luis L. Franco: un poeta de la vida” (N°11). De ellos nos interesa registrar una operación intelectual que había inaugurado con “Lenine coronado” (*Juventud*, N°4-5, enero-febrero de 1924:17-18), que resultaba de hacerse eco de noticias que aparecían en la prensa o en los cables internacionales. Como ha demostrado Martín Bergel, en la América Latina de la década del 20 las innovaciones técnicas permitieron la existencia de un mundo mucho más cercano que el que nos podríamos imaginar. El tendido de cables telegráficos posibilitaba la *indignación a distancia*, lo cual conformaba una recurrencia en muchas plumas: “[para] el sinfín de figuras que asumieron de diversos modos el lugar de intelectuales-periodistas, los cables internacionales fueron la materia prima necesaria que, proveniente de agencias sospechadas de parcialidad, debían por lo tanto pasar por el tamiz del intérprete” (Bergel, 2008:153). Un caso, el mencionado artículo sobre Blasco Ibáñez. El escritor español era un personaje sumamente conocido en Cuba, y Mella ya le había dedicado unas líneas en un texto publicado en *El Heraldo* en noviembre de 1923 (“Acusan a Blasco Ibáñez de haber vendido su pluma al oro americano”). Es interesante pensar entonces que una faceta poco observada de Mella es esta función como *intelectual periodista*. Del mismo modo que sus contemporáneos Mariátegui o Arlt, tomaba como insumo las noticias periodísticas para desde su trinchera intelectual fustigar con sus críticas a intelectuales españoles, o bien al

gobierno cubano por saludar a Pershing, o denunciar la discriminación racial, en una de las escasísimas referencias en todas aquellas páginas a la *cuestión negra*.

El otro punto que nos interesa marcar aquí es la presencia de Mella como *intelectual difusor*. En el número 11 de *Juventud* publicó un artículo que funcionó como comentario del libro del poeta argentino Luis A. Franco *El libro del Gay vivir* (1923). Mella seguramente había leído la edición de Babel –editorial dirigida por Samuel Glusberg, gran amigo de Franco (Tarcus, 2008)– de ese mismo año a través del médico tucumano Gregorio Aráoz Alfaro. A éste Mella había escrito en enero de 1924 una carta que evidenciaba un transitado lugar común acerca de las experiencias embriagadoras de la lectura:

El día que ofrecí despedirte no fui al muelle, como hubiera sido mi deseo. Tampoco te escribí para decirte muchas cosas que deseaba tú supieras. De lo primero el culpable has sido tú mismo, o mejor los libros que me diste. ¿Cómo podrías suponer que pudiese conciliar el sueño sin leerme todo el libro de *Gay Vivir?* (Cairo, 2003:54).

Pierre Bourdieu ha señalado que “ningún libro llega al lector sin marcas” (Bourdieu, 2010: 268). Indudablemente que las marcas que operaban otras figuras que provenían de un meridiano intelectual con mayor peso en la constelación latinoamericana como era Buenos Aires hacían que el abordaje sobre los poemas de Franco tuviera ese registro tan emocionante, y Mella a la vez intentaba capitalizar esa lectura en pos de ganar legitimidad intelectual. En otros términos, muy pocas personas en la Cuba de mediados de la década del 20 habían leído las líneas de un lejano catamarqueño. Dejaremos para otra oportunidad un análisis más exhaustivo de esa operación, pero nos interesa como transición dentro de nuestro escrito para evidenciar el lugar de *Juventud* en la relación con otros intelectuales, revistas, y en el forjado de una comunidad imaginada.

La tercera etapa de *Juventud* fue la más corta y sólo abarcó el número 13 de septiembre de 1925 (no hemos ubicado el número 12, perteneciente al segundo momento). Los cambios fueron importantes: desapareció de la tapa el *ángel rebelde* para ubicar allí una caricaturización como payaso del presidente Gerardo Machado –quien ya comenzaba a mostrar las fauces represivas de su gobierno– en un teatro en el que sólo hay representados un obrero y un campesino que mantienen el siguiente diálogo: “Obrero: –Continuamos en la farsa. Campesino: –Sólo hemos cambiado de payaso”. La revista continuó bajo la dirección de Fernández Sánchez y siguió apareciendo Mella como fundador, mientras que la mayoría de los artículos de este corto número –sólo abarcó doce páginas contra las cuarenta que promediaban los anteriores– son noticias del movimiento obrero, de la Liga Antiimperialista y, por último, de la formación de la Unión Latinoamericana. Si bien el tono es mucho más proletario y antiimperialista, puesto que Mella y Fernández Sánchez ya eran militantes del Partido Comunista y de la Liga, no dejan de vislumbrarse referencias al americanismo del movimiento estudiantil, como por ejemplo la convocatoria al Congreso Internacional de Estudiantes de Panamá en 1926, o la concreción del vasto núcleo intelectual de la Unión Latinoamericana, que era saludada pese a la organización paralela en la que estaban. Con esto, se demuestra la porosidad de los proyectos políticos e intelectuales hacia 1925.

De todos modos, este número fue el primero y el último de este período. La represión del gobierno de Machado al movimiento obrero y estudiantil, y la posterior huelga de hambre y exilio de Mella plausiblemente hayan decretado el final. No obstante, de

acuerdo con el Diccionario de la Literatura Cubana, hay una cuarta etapa de un solo número en mayo de 1926, todavía bajo la dirección de Fernández Sánchez, el cual nos ha sido imposible hallar y quizás se haya perdido para siempre (Instituto de Literatura y Lingüística de Cuba, 1984).

3. Colaboraciones, reproducciones y marcaciones: una primera aproximación.

Un rasgo compartido por muchas revistas de la época eran las reproducciones, sin que necesariamente mediara una autorización explícita, de fragmentos de libros, artículos o cartas. Símbolo de esta práctica fue *Repertorio Americano*, dirigida por el costarricense Joaquín García Monge, que desde 1919 volcaba incansablemente artículos aparecidos en otras páginas americanas en su propio emprendimiento editorial (Pakkasvirta, 2005). *Juventud* no fue disonante al respecto, no sólo como táctica que permitía sumar volumen a cada número, sino como estrategia para posicionarse como receptora de diversos intercambios intelectuales.

Cabe un primer acercamiento cuantitativo. El registro que hemos organizado en el Anexo 1 es un muestrario del espectro de publicaciones que eran referenciadas o bien de las cuales se extraían artículos. De ellas llama la atención la cantidad que eran editadas en Argentina, lo cual en primer término podría explicarse como parte de la admiración que muchos cubanos profesaban sobre hombres como Sarmiento o Ingenieros, quienes eran leídos menos en sus tópicos racialistas o biologicistas, que dentro del iluminismo y la impugnación moral. Es de notar, como ha señalado Ana Cairo, que “**El hombre mediocre** (1913) dio a conocer al psicólogo, al sociólogo y al moralista fusionados. El impacto del libro en nuestros medios fue inmediato (...); la obra se convirtió en lectura obligada de los jóvenes, sólo podría compararse con **Ariel** de José Enrique Rodó como índice de preferencia mantenida en el período” (Cairo, 1977:88-89. Resaltado en el original). Este alumbramiento se reafirma al sumergirse en el frondoso epistolario que era enviado a Ingenieros desde la isla caribeña. Como muestra indiciaria de la fluidez de los vínculos, aun entre quienes ocupaban posiciones asimétricas en el campo intelectual, se puede tomar una misiva del joven escritor Alberto Lamar Schweyer del 7 de diciembre de 1922 donde se expresaba ansiosamente al argentino en estos términos: “No recibo la ‘Revista de Filosofía’ y hay mucha dificultad para conseguirla. Me veo obligado a leerla gracias a la amabilidad del Dr. Lendián que me la facilita”.²

Como se vislumbra en nuestro gráfico, *Renovación* ocupa un lugar privilegiado. Pita González ha evidenciado que la revista fundada por José Ingenieros y Alfredo Palacios en 1923 terminó forjando, no solamente un espacio de aglutinamiento político e intelectual en la Unión Latinoamericana, sino también una articulación de un conjunto de redes que contactaban diversos nodos del espacio latinoamericano (Pita González, 2009). La deuda de los hombres de *Juventud* con esas páginas quedaba explicitada en uno de sus últimos números:

Debemos a esta publicación, que inspira apostólicamente José Ingenieros, y dirige con éxito Gabriel S. Moreau, muchas aclaraciones a nuestros ideales, muchos momentos de intensos deslumbramientos espirituales al encontrar allí verdades que nuestro intelecto presupone sin comprender plenamente; en casi todos los números artículos o editoriales

² Alberto Lamar Schweyer a José Ingenieros, 7 de diciembre de 1922, Fondo José Ingenieros, CeDInCI, SAA/8-4/5.2.37.

de Renovación han visto la luz en las páginas de Juventud. (*Juventud*, N°13, septiembre de 1925:9).

Esas líneas, posiblemente escritas por Fernández Sánchez, son a la sazón un resumen de una práctica llevada adelante desde el primer número de *Juventud*, que era la publicación de artículos aparecidos en la revista rioplatense. Pero es quizás menos conocido que el eje La Habana-Buenos Aires no era unidireccional: también en *Renovación* aparecieron textos de Mella y Bernal del Riesgo: del primero, por caso, “Intelectuales y tartufos” en el número de mayo de 1924 y “Lenine coronado” en julio del mismo año. Si se toma en cuenta que la primera de dichas líneas mellianas había aparecido en marzo de 1924, y dos meses más tarde se hubo de replicar a miles de kilómetros, parece mostrar la velocidad de los contactos intelectuales, y la avidez de recibir (y enviar) los ejemplares, cuestiones que en suma expresan un espacio sumamente dinámico. Esto parece confirmarse con una breve esquela manuscrita de Mella a Moreau, sin fecha pero posiblemente de fines de 1924: “Compañero: Otra vez vuelvo a molestarlo para comunicarle que no recibo en canje su periódico”.³

Este mecanismo americanista que al principio era sólo imaginario, comenzaba entonces a ser profundizado con puntos de contacto reales. Así, en el número 9 de *Juventud* de noviembre de 1924, cuando ya los intercambios entre Mella y Moreau están demostrados, fue publicado “La juventud argentina contra la intromisión yanqui en Cuba”. La hermandad entre las juventudes caribeñas y rioplatenses es casi total en su pugna contra “el nuevo Conquistador de Wall Street”:

Desde las lejanas tierras de Sarmiento nos llega la adjunta protesta. No es la protesta de toda aquella tierra ¡Claro! Allí como aquí la mediocracia es la triunfante, y los formadores de la opinión pública de acuerdo con sus intereses. Pero hay una juventud idealista, que lucha por los mismos principios de toda la Nueva Generación de América: una sola Patria continental, bajo una bandera de justicia moral. Ellos han levantado su voz por los problemas de Cuba, que son los problemas de ellos. (*Juventud*, N°9, noviembre de 1924:16).

Es de notar que las diatribas tienen varias direcciones: contra la clase dirigente cubana – el texto es escrito al calor del ya mencionado fracaso del levantamiento de los Veteranos y Patriotas–, leída en clave de mediocridad, así como la asechanza del imperialismo que era enmarcada en un simbolismo habitual en muchas páginas latinoamericanas (Funes, 2006). El texto no tiene firma, mas creemos que el sello melliano es visible como tono general, en particular al prisma moral que une a las juventudes americanas.

Otro de las decisiones intelectuales en *Juventud* era la periódica aparición de cartas, que constituía en rigor una práctica recurrente entre las dinamizadas por el reformismo latinoamericano (Bergel y Martínez Mazzola, 2010). Dos modelos se impusieron: las misivas cuyo destino parecía ser directamente la aparición pública, y las que, pese a tener un destino privado eran empero publicadas, con lo que complementaban con el cruce entre lo público y lo privado la consumación de un *nosotros* intelectual y político en tono americanista. El acto epistolario, como ha sido indicado preclaramente por Roger Chartier, resulta un gesto privilegiado que favorece la edificación de cimientos de reconocimiento, de representaciones y prácticas propias de una comunidad (Chartier, 1991). Esta idea permite entrever de qué modos la carta reforzaba esa suerte de *locus*

³ Julio Antonio Mella a Gabriel Moreau, c.1924, Fondo José Ingenieros, CeDInCI, SAA/8-4/10.1.32

compartido entre quienes se identificaban como parte de unas juventudes americanas cuyo objetivo renovador era idéntico, pero que personalmente no se conocían, o bien sus acercamientos reales se contabilizaban en un puñado de horas.

Una carta fechada en enero de 1924 del argentino Gabriel del Mazo, quien a la postre sería uno de los más importantes recopiladores de documentación referida a la reforma universitaria en América Latina, simboliza ese primer modelo de una comunidad imaginada mediante las misivas: “A través de Haya de la Torre y de las páginas de JUVENTUD somos ya como viejos amigos: el mismo idioma, idéntico lenguaje, iguales ensueños. Es que hay una hermandad de origen y de ideal entre todos nosotros”. (*Juventud*, N°6, marzo de 1924:48). Es de notar entonces que la carta poco decía de lo *privado*, pero el código es compartido: tanto emisor como receptor comparten el valor simbólico de esa epístola que generalizaba en términos de “hermandad” o “juventud de América”, pero sólo replicaba fórmulas de saludos “con afecto”. Por el contrario, una de Haya de la Torre a Mella fechada el 11 de agosto de 1924, desde la mismísima Rusia soviética, resume todas las fórmulas comunes entre los intercambios entre hombres que no sólo mantienen un vínculo *simbólico* sino *real*, es decir, de mayor densidad producto de haberse conocido. Allí, pues, se replican las típicas fórmulas epistolares: las disculpas por la demora, la referencia a la lectura de un número anterior de *Juventud*, las promesas de hacer circular la revista por todos los lugares posibles, las emociones transcritas por el conocimiento de la experiencia en la URSS –también como discurso común a los viajeros de izquierdas. Y a su vez, Haya no dejaba pasar la ocasión para aconsejar a Mella el decurso a seguir: “Conviene continuar intensamente con la campaña antiimperialista en forma decidida. No hay que dejar un solo número de la revista de Uds. sin algo sobre esta campaña” (*Juventud*, N°9, noviembre de 1924:10). Es de notar que buena parte de los trabajos sobre Mella ocuyen esta continuada afinidad, para sólo dar cuenta de las posteriores tensiones entre ambos, sea en el Congreso Antiimperialista de Bruselas en 1927, o en la ruptura pública con el famoso opúsculo melliano “¿Qué es el ARPA?” (1928).

La última de las *praxis* intelectuales que nos interesa ubicar es el proceso de gestación y filiación con un heteróclito espectro de tradiciones intelectuales y políticas, para lo cual se replicaban textos que intentaban filiar a *Juventud* con otros intelectuales y con ideas que, en ese momento, resultaban novedosas para los jóvenes cubanos que organizaban la publicación, y posiblemente asimismo para los lectores. Una segunda operación consistía en la *marcación* que se operaba sobre escritores, figuras históricas, intelectuales y que intentaban o bien ser disputados con la construcción de una configuración cultural nacional, o bien como parte de un ideario de izquierda. Sería excesivo para los fines de esta ponencia hacer un recorrido por todo ese proceso a lo largo de *Juventud*. Pero existe un conjunto de diferenciaciones que pueden realizarse, entre el tratamiento dado a los “maestros” contemporáneos de las jóvenes generaciones, las tradiciones de izquierda y entre quienes eran disputados por una historia *nacional*.

Para estas expresiones, las páginas de nuestra revista se movieron en sintonía con otras de América Latina, como por caso en la recepción de la figura de Henri Barbusse. Al respecto, Fernanda Beigel ha puesto de manifiesto, no sólo la relevancia que hombres como Mariátegui luego de su periplo europeo le daban al escritor francés, a lo cual podría sumarse la cantidad de publicaciones americanas llamadas *Claridad*, sino que sus textos, como *Le couteau entre les dents*, circulaban profusamente por el continente como modo de reforzamiento de los ideales de la *nueva generación* (Beigel, 2006).

Replicar a Barbusse, como sucedió en números de *Juventud* en la cual aparecieron fragmentos de *L'Enfer* en la traducción de Cansinos Assens (Nº1) y *Le couteau...* (Nºs 9, 10 y 11) con la de José Loredó Aparicio, era entonces menos una novedad que la reiteración de un gesto habitual. Nos animamos a aventurar que esto era parte de una estrategia que reforzaba la radicalidad de la revista, mas también un autorreconocimiento de esa capa de la juventud cubana como intelectuales que eran llamados a cumplir una tarea de transformación. Acaso sea esto un intento de tracción hacia un determinado *tipo* de intelectual que conjugara la clarividencia en las ideas con la militancia política.

En este sentido, se denota a lo largo de las páginas *Juventud* una novedad que estaba totalmente ausente de *Alma Mater*: la reproducción de artículos, y traducciones provenientes de publicaciones vinculadas al movimiento obrero. Los vínculos de Mella con la clase trabajadora tenían numerosas vertientes. Indudablemente que una de ellas era la Universidad Popular José Martí, la cual era llamada por aquél, con evidente entusiasmo, como “la niña querida de mis sueños” (Hatzky, 2008:119). Más allá de las dificultades, la UPJM se convirtió en un espacio de encuentro entre los obreros organizados, los estudiantes y la vanguardia artístico-intelectual de Cuba. Sin embargo, la experiencia evidenciaba también la complejidad de las barreras clasistas en la Cuba de la década del 20. Según recordaba al respecto Fernando Sirgo: “(...) nos encontramos con una cuestión muy curiosa. Los primeros alumnos que nos llegan no iban a la Universidad Popular ni se acercaban a nosotros en busca de enseñanzas doctrinales, enseñanzas teóricas. Lo que querían era, efectivamente, aprender aritmética, aprender gramática, aprender geografía, querían hablar mejor, escribir mejor” (*Pensamiento crítico*, 1970:31). Con todo, aquellos contactos áulicos, sumado a que *Juventud* se imprimía en los talleres de la *Sociedad de Resistencia* (Contrera, 1987), plausiblemente le haya permitido a Mella el acceso a numerosos materiales del movimiento obrero, lo cual derivó en la escritura de artículos hacia 1925, ya como militante comunista, en *Aurora* –publicación de la Unión de Dependientes del Café en la cual solían mixturarse en sus páginas Kropotkine y Lenin– o *Lucha de clases*. De este modo, es probable que las páginas de *Juventud* hayan sido de las poquísimas que, por referenciar un caso, daban a conocer a sus jóvenes lectores textos de Víctor Serge, en traducción de Carlos Baliño (*Juventud*, Nº11, marzo de 1925:9).

A su vez, si se observa el cuadro del Anexo 2, en el cual hemos intentado registrar los comentarios o referencias positivas, se puede apreciar el peso de hombres como Varona y Sanguily, quienes simbolizaban por un lado la intelectualidad progresista y por el otro las figuras de la guerra de independencia que no habían claudicado ante la injerencia de EE.UU. , los cuales en tándem eran admirados por la juventud universitaria cubana, pero que estaban empero casi a la par con otros como el argentino Ingenieros o el mexicano Vasconcelos. Más aún, el tratamiento dado a figuras como Joaquín V. González, cuyo obituario escrito por Carlos A. Castellanos en el número 8 de *Juventud* refiere a éste como “un gran internacionalista”, nos permite pensar esta cuestión como parte del proceso de circulación de las ideas a escala continental, donde los lugares *receptores* tienden a buscar aquello que a los fines intelectuales le resulta capitalizable: es así como un eminente conservador en lo social como el autor de *Mis montañas* (Prieto, 1982) podía convertirse en paladín del rechazo al norteamericanismo. En otros términos, y para resumir, podría considerarse que en el infusorio ideológico de estas páginas lo *latinoamericano* cobraba similar fuerza que lo específicamente *cubano*.

Ese carácter de las revistas como espacios de *fermentación de ideas* puede ayudar entonces a asir los modos en los cuales los miembros de *Juventud* trazaron el legado con la historia cubana. He aquí un proceso que aún estaba en ciernes, en particular con la recuperación de José Martí. Si bien, como ha sido señalado por Rafael Rojas y Lilian Guerra, y también por Celina Manzoni sobre el núcleo vanguardista cubano del minorismo, el legado martiano se hubo de constituir en la década del 20 en una pugna tanto entre la izquierda y la derecha del arco político, como por intelectuales y obreros y el Estado cubano con sus emprendimientos que trazaban las coordenadas de la identidad nacional (Rojas, 2006; Guerra, 2006; Manzoni, 2000), en todos los números que hemos consultado de *Juventud* en el período estudiado las referencias a Martí no son demasiado exhaustivas. Más allá de la obvia alusión con la UPJM, son escasos los trabajos que abordan al muerto en Dos Ríos en esas páginas: sólo un texto redactado en un tono grandilocuente de quien era jefe de redacción, Manuel Borbolla Rosales en el número 6, y una replicación de un discurso de Sanguily sobre Martí tras la muerte del primero con la siguiente marcación: “Nada mejor que conmemorar el nacimiento del Apóstol, y la muerte del Héroe que publicar estos párrafos” (*Juventud*, N°11, marzo de 1925:20). Lo que nos resulta pertinente es atender que quizás todavía estaba en los albores la recepción que hicieron Mella y otros comunistas del Martí leído en clave antiimperialista y radical, y que por ende se exige una mirada más atenta para periodizar esa tarea. En este sentido, Julio Mella comenzaría esta operación recién en octubre de 1925, con un texto que publicó en *Aurora*, cuyo título era un solapamiento de una cita de Marx y otra de Martí: “Proletarios de todos los países, uníos. K. Marx. Juntarse es la palabra del mundo. José Martí”, para luego, desde el exilio, sacar a la luz sus “Glosas al pensamiento de José Martí”. Pero esto fue en 1926, y no en las páginas de *Juventud*.

Conclusiones

Se ha intentado a lo largo de estas líneas un primer acercamiento a *Juventud* con un prisma de lectura que invite a cotejarla en directrices *americanas o latinoamericanas*, términos que no son definidos demasiado rigurosamente en aquella publicación. Así, esta cualidad se vislumbra en dimensiones como el tipo de revista cultural y política dinamizada por el proceso reformista universitario, como nodo particular de un vasto entramado de publicaciones y cartas, y, a su vez, como el espacio donde este agrupamiento cultural cristalizó sus ideas-texto en aquella clave, así como su puesta en valor de reproducciones que provenían de otros lares.

Una conclusión se impone: *Juventud* fue una de esas revistas que nunca dejaron de estar emparentadas con su fundador. Si bien las figuras de Fernández Sánchez y Sirgo comenzaron a cobrar vuelo al correr de los números, la impronta melliana delimitaba los marcos de lo escribible. Esto parece evidenciarse no sólo en el hecho que Mella continuó prestando su pluma luego de dejar la dirección, sino que muchas de las redes que aquél había logrado tejer, con *Renovación* o con los estudiantes peruanos con Haya de la Torre a la cabeza, trasuntaran esas páginas. No obstante, si invertimos el foco, tampoco puede dejarse de lado que los artículos de Mella cobran otra valencia cuando son analizados en el soporte material que aparecían, puesto que así se puede analizar no sólo sus ideas-texto, sino también qué estaba haciendo al escribir: a menudo, sus editoriales marcaban la tónica del número, además de sentar posición intelectual y

política sobre diversos tópicos, y reiterar consignas y metáforas con alto carácter performativo.

Asimismo, el ejercicio que se ha intentado ensayar aquí pretende correr la historia intelectual latinoamericana de un registro de las ideas de “grandes hombres”, por lo que, sin desmerecer la relevancia de Julio Mella, nos exige estar más atento a los vínculos, más o menos densos, más o menos relevantes con otros actores que compartían espacios de producción intelectual y de lucha. Y esto requiere prestar atención al carácter de *experimentación*. Esto es, en vez de buscar una *heterodoxia* o una *mezcla*, términos que o bien encorsetan el análisis, o bien se reducen a buscar una imposible proporcionalidad matemática entre diversas corrientes ideológicas, nos parece más potente plantearlo en aquellos términos, puesto que Mella actuaba al calor de unos tiempos sumamente dinámicos, en un país que no sólo había conquistado hacía escaso tiempo su independencia, sino en el cual el imperialismo era algo tan palpable como el sol caribeño, por lo que podía animarse a tantear con lecturas a menudo enormemente superficiales, pero que pese a todo eran consideradas necesarias para hacer inteligible su época.

Y en todo esto, creemos, ha sido útil pensar en las intersecciones de aristas transfronterizas, tanto en términos de redes intelectuales y materialidad en la circulación de ideas, como también en las propias ideas plasmadas en textos que se formularon: las metáforas, los sintagmas y el *nosotros* no puede medirse sino entre lo cubano y lo latinoamericano. Lo mismo sucede con el recorte temporal que hemos seleccionado, que ha permitido contemplar que el proceso de radicalización de Mella no fue lineal, como ha sido simplificado en buena parte de la historiografía. Nos parece que de este modo evitamos reduccionismos del estilo que Mella “descubrió” el marxismo y gracias a ello dejó atrás una etapa más “idealista”. Cuando se construye un objeto dentro de la historia intelectual, como puede ser el trazado una biografía intelectual, debemos ser precavidos sobre estas cuestiones: la dinámica de *Juventud* permite entrever que aquél se sentía cómodo, dependiendo las circunstancias, con el uso de un variopinto espectro de gestos intelectuales y discursos que si se delimitan pierden su riqueza.

Para finalizar: esta óptica, creemos, puede coadyuvar a empezar a desmitificar a Mella en nuestro período, correrlo del eje exclusivo de un líder estudiantil y también ponderar, en un marco temporal acotado, la velocidad de los veinte. Una década cuyos tiempos intelectuales son sumamente vertiginosos y con diversidad de texturas. El famoso dibujo del *ángel rebelde* era para estos jóvenes cubanos la ruptura con el pasado para buscar lo nuevo. Ruptura que, vale repetir el verbo y la idea, desde el punto de vista historiográfico aún es una tarea incompleta para una figura emblemática de las izquierdas latinoamericanas del siglo XX.

Prof. Manuel Muñiz

Buenos Aires, mayo de 2013

Anexo 1: publicaciones mencionadas en *Juventud* o de las que se han extraído artículos

| Publicación | País | Nº de <i>Juventud</i> |
|--|--|---------------------------|
| Boletín <i>Renovación</i> | Argentina | NºS 1, 2, 7-8, 9, 11, 13. |
| <i>Claridad</i> | Chile | 2 |
| <i>Liberación</i> | ¿México? | 2 |
| <i>Boletín Mensual de la Sociedad de las Naciones</i> | Sin datos | 2 |
| <i>Juventud</i> | Panamá | 2 |
| <i>Instituto</i> | Cuba | 2 |
| <i>Cuba Contemporánea</i> | Cuba | 2 |
| <i>Studium</i> | Sin datos. Posiblemente un país centroamericano. | 2 |
| <i>Nueva Luz</i> | Cuba | 2, 7-8 |
| <i>El Progreso</i> | Cuba | 2, 7-8 |
| <i>Boletín del Torcedor</i> | Cuba | 2 |
| <i>Educación Obrera</i> | Cuba | 2, 7-8 |
| <i>Heraldo Universitario</i> | Cuba | 2 |
| <i>La Correspondance Internationale</i> | Alemania - Austria | 3 |
| <i>Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales</i> | Argentina | 7-8 |
| <i>El Universitario</i> | Argentina | 7-8, 11 |
| <i>Acción Libertaria</i> | Cuba | 7-8 |
| <i>Lucha de Clases</i> | Cuba | 7-8 |
| <i>Acción socialista</i> | Cuba | 7-8 |
| <i>El Machete</i> | México | 7-8, 11 |
| <i>Acción</i> | México | 9 |
| <i>The Daily Worker</i> | Estados Unidos | 9 |
| <i>Boletín Comunista</i> | Cuba | 11 |
| <i>La Antorcha</i> | México (¿o España?) | 11 |
| <i>La Gaceta Universitaria</i> | Argentina | 11 |
| <i>Revista de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales</i> | Argentina | 11 |
| <i>Venezuela Libre</i> | Cuba | 13 |

Anexo 2: referencias positivas sobre líderes estudiantiles, profesores, escritores, intelectuales y figuras históricas

| Nombre | País de origen | Nºs de <i>Juventud</i> en los cuales aparece la referencia. |
|-------------------------------|----------------|---|
| Julio V. González | Argentina | 1 |
| Evelio Rodríguez Lendián | Cuba | 1 |
| José Vasconcelos | México | 1; 6; 7-8; 9 |
| Víctor Raúl Haya de la Torre | Perú | 2-3; 4-5 |
| José Ingenieros | Argentina | 2-3; 10; 13 |
| Estanislao Zeballos | Argentina | 2-3 |
| Carlos Finlay | Cuba | 4-5 |
| José Rodó | Uruguay | 4-5; 10 |
| José Martí | Cuba | 4-5; 6; 11 |
| Kaethe Dalstroem | Suecia | 4-5 |
| Lenin | Rusia | 4-5; 10 |
| Enrique José Varona | Cuba | 6; 7-8 |
| Miguel de Unamuno | España | 6 |
| Manuel Ugarte | Argentina | 6 |
| Sergio Cuevas Zequeira | Puerto Rico | 7-8 |
| Joaquín V. González | Argentina | 7-8 |
| Manuel Sanguily | Cuba | 7-8; 11. |
| Antonio Sánchez de Bustamante | Cuba | 9 |
| Karl Marx | Alemania | 9; 10 |
| Friedrich Engels | Alemania | 9 |
| Anatole France | Francia | 10 |
| Simón Bolívar | Venezuela | 10 |
| José María Vargas Vila | Colombia | 10 |
| Karl Kautzky | Alemania | 10 |
| Trotsky | Rusia | 10 |

| | | |
|----------------|-----------|----|
| Henri Barbusse | Francia | 10 |
| Máximo Gorki | Rusia | 10 |
| Luis Franco | Argentina | 11 |
| Doriot | Francia | 13 |
| Abd-el-Krim | Marruecos | 13 |

Bibliografía:

- Altamirano, C. (2005). *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2007). *Intelectuales. Notas de investigación*, Bogotá: Norma.
- Altamirano, C. (2010). Introducción al volumen II. Élités culturales en el siglo XX latinoamericano. En C. Altamirano (Ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina. II. Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX*, (pp. 9-28). Madrid: Katz.
- Beigel, F. (2006). *La epopeya de una generación y una revista. Las redes editoriales de José Carlos Mariátegui en América Latina*. Buenos Aires: Biblos.
- Bergel, M. (2008). Latinoamérica desde abajo. Las redes transnacionales de la Reforma Universitaria (1918-1930). En E. Sader, H. Abotes, P. Gentili (Eds.), *La Reforma Universitaria. Desafíos y perspectivas noventa años después* (pp. 146-184). Buenos Aires: CLACSO.
- Bergel, M. y Martínez Mazzola, R. (2010). América Latina como práctica. Modos de sociabilidad intelectual de los reformistas universitarios (1918-1930). En C. Altamirano (Ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina. II. Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX*, (pp. 119-145). Madrid: Katz.
- Bernal del Riesgo, A. (2003). Tres recuerdos de Mella. En A. Cairo (Ed.), *Mella. 100 años. Tomo I* (pp. 218-266). Santiago de Cuba/La Habana: Oriente.
- Bourdieu, P. (2007). *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.
- Cabrera, O. (1985). *Los que viven por sus manos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- (2002). *Mella: una historia en la política mexicocubana*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Cairo, A. (1976). *El Movimiento de Veteranos y Patriotas: apuntes para un estudio ideológico del año 1923*. La Habana: Editorial Arte y Literatura.
- (1977, abril 20). "José Ingenieros y la Generación del 30. Apuntes sobre una investigación inconclusa a propósito del centenario de su natalicio". *Bohemia*. 88-89.
- (1978). *El grupo minorista y su tiempo*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Cairo, A. (Ed.). (2003). *Mella. 100 años*. Santiago de Cuba/La Habana: Oriente.
- Chartier, R. (Dir.). (1991). *La correspondance. Les usages de la lettre au XIX^e siècle*. París : Fayard.
- Crespo, R. (Coord.). (2010). *Revistas en América Latina*. México: UNAM.
- Colombi, B. (2004). *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo.
- Contrera, N. (1987). *Julio Antonio Mella. El joven precursor*. La Habana: Editora Política.
- (1989). *Alma Mater, la revista de Mella*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Cupull, A. y González, F. (1999). *Hasta que llegue el tiempo*. La Habana: Editora Política.
- (2005). *Julio Antonio Mella y Tina Modotti. Contra el fascismo*. La Habana: Casa Editora Abril.
- (2010). *Julio Antonio Mella. Biografía*. La Habana: Casa Editora Abril.
- Dumpierre, E. (1965). *Mella. Esbozo biográfico*. La Habana: Instituto de Historia.
- (1977). *J.A. Mella. Biografía*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Dosse, F. (2007). *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*. Valencia: PUV.
- Funes, P. (2006). *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*. Buenos Aires: Prometeo.

- Girbal-Blacha, N. y Quattrocchi-Woisson, D. (1999). *Cuando opinar es actuar. Revistas Argentinas del siglo XX*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- González Carbajal, L. (1977). *Mella y el movimiento estudiantil*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Gramsci, A. (1984). *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Guanche, J.C. (2001). *Imaginación contra la norma. Ocho enfoques sobre la república de 1902*. La Habana: Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau.
- Guerra, L. (2006). The Struggle to Redefine Martí and “Cuba Libre” in the 1920s. En M. Font, A. Quiroz (Eds.), *The Cuban Republic and José Martí. Reception and Use of a National Symbol* (pp. 34-50). Oxford: Lexington.
- Hatzky, Christine. (2003). “Nosotros vamos por otro camino: somos revolucionarios”. Julio Antonio Mella, el movimiento estudiantil cubano y los antiimperialistas de los años veinte. *Iberoamérica*. 12, 187-193.
- Hatzky, C. (2008). *Julio Antonio Mella (1903-1929). Una biografía*. Santiago de Cuba: Oriente.
- Ingenieros, J. (1976). *Las fuerzas morales*. Buenos Aires: Santiago Rueda.
- Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba. (1975). *Mella. Documentos y artículos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba. (1984). *Diccionario de la literatura cubana*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- Julliard, Jacques. (1987). Le monde des revues au début du siècle. Introduction. *Cahiers Georges Sorel*. 5, 3-9.
- Kersffeld, D. (2009). *De cara al sol*. La Habana: Editora Historia.
- Kohan, N. (2000). *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*. Buenos Aires: Biblos.
- Lozano Ros. (2003). Los xxx manicatos. Una fraternidad legendaria. En A. Cairo (Ed.), *Mella. 100 años. Tomo 2* (pp. 281-297). Santiago de Cuba/La Habana: Oriente.
- Manzoni, C. (2000). *Un dilema cubano. Nacionalismo y vanguardia*. La Habana: Casa de las Américas.
- Martínez Heredia, F. (2007). *La revolución cubana del 30. Ensayos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Melgar Bao, R. (2010). Definiciones en la revista *Amauta*: símbolos, redes intelectuales y proyecto socialista en 1928. En R. Crespo (Coord.) *Revistas en América Latina* (pp.170-213). México: UNAM.
- Mella, J. (1964). *Documentos para su vida (Primer Congreso Nacional de Estudiantes)*. La Habana: Comisión Nacional Cubana de la UNESCO.
- Núñez Machín, A. (1974). *Rubén Martínez Villena*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Ortiz, J. (1999). *Julio Antonio Mella. L'Ange Rebelle. Aux origines du Communisme cubain*. París : L'Harmattan.
- Padrón, P. (1980). *Julio Antonio Mella y el movimiento obrero*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Pakkasvirta, J. (2005). *¿Un continente, una nación? Intelectuales latinoamericanos, comunidad política y las revistas culturales en Costa Rica y Perú (1919-1930)*. San José de Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Pérez Jr., L.A. (1986). *Cuba Under the Platt Amendment, 1902, 1934*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Pérez Rivero, Pedro. (1991). Las revistas de la primera reforma universitaria en Cuba. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. 1- 2, 131-143.
- Pita González, A. (2009). *La Unión Latinoamericana y el Boletín Renovación. Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920*. México: El Colegio de México- Universidad de Colima.
- Portantiero, J.C. (1978). *Estudiantes y política en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Prieto, A. (1982). *La literatura autobiográfica argentina*. Buenos Aires: CEAL.
- Roa, R. (1964). *Retorno a la alborada*. La Habana: Universidad Central de las Villas.
- Rodó, J.E. (1913). *El mirador de Próspero*. Montevideo: José María Serrano Editor.
- Rojas, R. (2006). “Otro gallo cantaría”: Essay on the First Cuban Republicanism. En M. Font, A. Quiroz (Eds.), *The Cuban Republic and José Martí. Reception and Use of a National Symbol* (pp.7-17). Oxford: Lexington.
- Rojas, R. (2007). Cuba: los años soviéticos. *Punto de Vista. Revista de cultura*, 89, 12-20.
- Rojas Blaquier, A. (2005). *El primer Partido Comunista de Cuba. Sus tácticas y estrategias. 1925-1935. Tomo 1*. Santiago de Cuba: Oriente.

- Rossi, L.A. (Sel.) (1999). Revista de Filosofía. Cultura- Ciencias- Educación. *José Ingenieros y Aníbal Ponce. 1915-1929*. Bernal: UNQ.
- Skinner, Q. (2008). *Lenguaje, política e historia*. Bernal: UNQ.
- Swiderski, G. (1999). *El epistolario de Manuel Ugarte (1896-1951)*. Buenos Aires: AGN.
- Terán, O. (1981). El primer antiimperialismo latinoamericano. *Punto de Vista. Revista de cultura*, 12, 3-10.
- (2010). *Amauta: vanguardia y revolución*. En C. Altamirano (Ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina. II. Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX*, (pp. 169-190). Madrid: Katz.
- Tarcus, Horacio. (2004). Revistas, intelectuales y formaciones culturales izquierdistas en la Argentina de los veinte. *Revista iberoamericana*. 208-209, 749-772.
- Tarcus, H. (2007). *Marx en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2009). *Cartas de una hermandad*. Buenos Aires: Planeta.
- Rodríguez, F.D. (1999): *Inicial, Sagitario y Valoraciones*. Una aproximación a las letras y la política de la nueva generación americana. En S. Sosnowsky (Ed.), *La cultura de un siglo. América Latina en sus revistas* (pp. 217-246). Buenos Aires: Alianza.
- Wright, Anne. (1988). Intellectuals of an Unheroic Period of Cuban History, 1913-1923. The 'Cuba Contemporánea' Group. *Bulletin of Latin American Research*. 1, 109-122.

Hemerografía:

- España Nueva. Semanario paladín de la Democracia española en Cuba*. (1922). La Habana.
- Alma Mater*. (1922-1923). La Habana.
- Cuba Contemporánea*. (1920-1925). La Habana.
- La discusión*. (1923). La Habana.
- El Heraldó*. (1923). La Habana.
- Las Antillas*. (1923). La Habana.
- Juventud*. (1923-1925). La Habana.
- Aurora. Órgano oficial de la Unión de Dependientes de Café*. (1925). La Habana
- Renovación. Boletín de Ideas, Libros y Revistas de la América Latina*. (1923-1925). Buenos Aires.
- Pensamiento crítico*. (1970). La Habana.

Cartas inéditas:

- Alberto Lamar Schweyer a José Ingenieros, 7 de diciembre de 1922, Fondo José Ingenieros, CeDInCI, SAA/8-4/5.2.37.
- Julio Antonio Mella a Gabriel Moreau, c.1924, Fondo José Ingenieros, CeDInCI, SAA/8-4/10.1.32.